LO QUE SOMOS

Francisco Gazitúa
Juan Carlos Dörr
Angela Leible
José Pérez de Arce

LO QUE SOMOS

Escultura	Francisco Gazitúa
Poesía	Juan Carlos Dörr
Pintura	Angela Leible
Sonido	José Pérez de Arce

PINACOTECA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION
CONCEPCION - CHILE

ENERO 2003

JOSE PEREZ DE ARCE

SON
IDO

INSTALACION SONORA

En 1994 grabé en Ukika a Ursula y Cristina Calderón, las dos últimas yámana. Pronto callará su lengua, la más austral del mundo. Se calcula que el 96% de lenguas del mundo se está extinguiendo. En Chile estamos perdiendo el yagán y el kawésqar. Ya perdimos el selk'nam, el kunza, el cacán.

Es normal que nazcan y mueran culturas y lenguas. Desaparecen por competencia y dominación. No hace mucho en Chile se prohibía hablar aymara o mapudungún en las escuelas rurales, forzando a las nuevas generaciones a integrarse a la cultura dominante.

El lenguaje, construido durante miles de generaciones, es la más bella obra de arte, el mayor invento y la mejor herramienta de adaptación. Estamos perdiendo el 96% de las lenguas adaptadas, reemplazándolas por un metalenguaje descontextualizado.

Grabé al último conjunto de lakitas (zampoñas) en la Virgen de las Peñas de Arica. De origen prehispánico, esa música pronto desaparecerá, reemplazada por las bandas de bronce y trasladada a grupos zampoñeros urbanos. La música cambia y permanece, como el sonido inventado hace 2.500 años que suena en los "bailes chinos" del valle del Aconcagua.

Grabé al sapito cuatrojos, que canta hace 10.000 años en el agüita limpia, con musgo, plantas y mosquitas. Hoy es difícil escucharlo en los valles centrales. Nunca lo había echado de menos.

Grabé la primavera cargada de cantos de chincol, loica, tortolita, zorzal, peken, turca, diuca, tenca, cherkan y cachudito cerca de mi casa, en Colina. Hoy la urbanización la va enmudeciendo. A nadie importa que sea reemplazado por ruido de máquinas. "Es natural", pensamos, pero nos equivocamos: es artificial.

Estamos más sordos hoy que antes, y más aislados individualmente. Somos el resultado de un largo proceso, que se inicia hace miles de siglos, cuando nuestra especie, el *homo sapiens*, quedó sola, con su mayor capacidad pensante, frente a la naturaleza. El raciocinio nos permitió dialogar en silencio con nosotros mismos, luego la comunicación escrita nos permitió dialogar en silencio con nuestros semejantes, luego el ambiente sonoro industrial nos hizo más sordos y la tecnología nos permitió manipular el sonido, extraerlo de su contexto, conservarlo y reproducirlo a mi voluntad.

La evolución sonora de mi especie ha transitado, desde ese concierto natural primigenio, hacia un progresivo aislamiento y sordera. Afortunadamente para la especie, el ambiente sonoro industrial nos afecta sólo a quienes vivimos en las ciudades. Pero aquí es donde se decide el futuro.

Grabé a Soria Mamani en Enquelga (Tarapacá) tocando trompe, instrumento que las mujeres aymaras usaban mientras pastiaban llamos en el altiplano. Dejó de tocarse hace 50 años, reemplazado por la radio a transistor. La misma tecnología que lo extinguió permite recuperar otro, permite conservar el lenguaje paleolítico de Lola Kiepya.

Grabé a Margarita Molinari, Alberto Achacaz, María Luisa, Jose Ramón Paterito y Julio Tonko, hablando en idioma kawésqar. Su pueblo recorrió desde tiempos inmemoriales los canales del sur de Chile, amando su insólita geografía. Hoy quedan 15. Con cada uno de ellos que muere, muere su forma de amar cada cosa al nombrar. Los estudios del lingüista Oscar Aguilera no pueden detener la muerte de la lengua yagán: hace años dejaron de con-

versar con los animales, de cantar la canción del pato lile, del viento en popa, del lobo y del Cabo de Hornos, de los canales, de la nieve y del hielo. Nunca más tendrán cancion. Murió quien la sabía y no nos dimos cuenta.

Grabé con Claudio Mercado las *antaras* (flautas de pan) de cerámica de hace 1.300 años, del sur de Perú. Escucho sonidos lejanos en el tiempo y en el espacio. Pero ningún archivo, por completo que sea, puede reemplazar una lengua o una música en constante desarrollo.

Busco el equilibrio entre el lenguaje metacultural que nos va uniendo inexorablemente a todos y los infinitos lenguajes culturales y naturales que nos diferencian. Busco un diálogo donde cada voz sea parte del mismo concierto. Busco reintegrarme al concierto natural. No sé cómo hacerlo, perdí la clave que tuvieron nuestros ancestros.

Puedo escribir este texto, para argumentar en silencio. O puedo montar un bosque de sonidos, imitando burdamente un ecosistema sonor, que se funde con el entorno de quienes lo visitan, entran y salen, conversan, se ríen y siguen sonando sus vidas alrededor.